

como debe ejercerse la crítica literaria, sin odio turbio al creador, pero con intención generosa y culta, no por eso menos exigente y, sin duda, más constructiva.—L. M. R.

<https://doi.org/10.29393/At247-19EPAD10019>

EFIGIE Y POESÍA DE LUIS MERINO REYES, por *Antonio de Undurraga*

Un día equis, inesperado y desconocido, un día cualquiera que se diferencia de otro en tan mínima medida, como una aguja de otra aguja, un día que se torna algo así como un secreto militar, vimos aparecer un libro. Se llamaba «Islas de Música» y su autor era Luis Merino Reyes. El joven poeta, en vez de perder largas horas frente a sendas botellas de vino y compañeros de letras «que matan el tiempo»—según reza la frase hecha—se había dedicado a leer, a meditar, a comparar, a esquivar influencias y darle a su mensaje una voz definida, propia. Había huído de los «amigotes» de «los amigos buenazos». En suma, era un hombre que por ningún motivo quiso convertirse en victorioso pulgón de taberna.

Estuvimos frente a un chileno que tenía el concepto de la responsabilidad literaria y que no iba de redacción en redacción de periódico, trabajándose al amigo, al compadre infalible. No, él, por el contrario, puso su obra ante el juicio público sin trucos, ni trabajos previos. Tenía el clásico concepto de la justa, del torneo entre caballeros. El no podía hacer el criollo trabajito de aceitar o incubar compadres, como quien coloca minas de tiempo en una rada.

Y ya tenemos un arquetipo de escritor que va dos veces muerto: primero, porque es un ser que lleva en sí el concepto de la responsabilidad intelectual, y en segundo término, porque es un hombre altivo que desprecia la incubación en una taberna o garito, del altoparlante literario.

Este concepto de responsabilidad nos lleva a eludir, sistemáticamente, las influencias de maestros; nos conduce a batirnos a pulso propio y correr la carrera poética «en pelos» como diría un huaso chileno que, además, fuese poeta. Y mientras un poeta equis imita a Federico García Lorca y distribuye al público chileno, por gotas, el licor del maestro, licor que ahoga por lo fuerte y concentrado, hay otros chilenos—subrayamos—esquivando, en singular batalla interior y verbal las voces del granadino. Son responsables, son orgullosos y van, momentáneamente, muertos.

Pero esta responsabilidad intelectual entraña o implica otro concepto gravísimo para el compadre literario chileno: la tecnicidad en el oficio. Y en el oficio de escritor, se entiende. El compadrazgo a la chilena, es una cuestión familiar y campesina que engendra, tanto en política, como en literatura, al «cúralo-todo», al «sábelo-todo», a un personaje polifacético e inútil, que es una especie de ácido bórico nacional capaz de paliar y remediar—ilusoriamente—todos los males.

El compadre ve en el técnico a un fantasma horrible. El técnico es un hombre sabio, responsable, metódico. Es el heredero del espíritu científico y racional de los griegos adicionado después por los árabes, en seguida por el Renacimiento y, finalmente, por las eras científicas contemporáneas.

El criollo literario que ha hecho de la irresponsabilidad y la improvisación el más sagrado de los cultos, ve en el escritor técnico la muerte del compadrazgo intelectual. Incluso la posibilidad de planteamiento imparciales. He aquí un grave problema que amargó a Rubén Darío, gran especialista, durante toda su vida.

Y he aquí por qué la democracia política e intelectual chilena—que no es más que una «compadracia», la voz se deriva de compadre—no produce ensayistas, pues estos últimos para ser tales deben ser sabios, responsables e imparciales, como grandes relojeros. Mas, a propósito de relojeros ¿quién no tiene pavor

de que éstos le cambien las ruedecillas al reloj que se les encomienda examinar, o componer? ¿No hizo, acaso, algo similar en beneficio exclusivo de un autor, un joven poeta chileno al comentar en un ensayo suyo, a varios poetas chilenos?

Y así vemos en literatura, por segunda vez en menos de dos años, a un joven ensayista equis, escribir un ensayo sobre Vicente Huidobro, «a lo amigo personal», en el cual se silencia todo lo que no sea sustancia panegírica.

Y es así como el poeta responsable y culto, el técnico de la literatura, pasa a ser el exilado en su patria. Pero la compadracia tiene un segundo capítulo y valiosos instrumentos de exilio. Y este segundo capítulo es el extranjero. «Todo lo chileno es malo», he aquí la consigna y la plástica expresión de un complejo de inferioridad. En parte es verídica. La compadracia, sin ciencia, ni columna vertebral moral, que sólo acumula redes de sueldos en una sola persona y prebendas para la familia, mucho ha hecho en este sentido. Pero la compadracia, por irresponsable, precisa del escritor extranjero residente en Chile que, con frecuencia, no es un escritor, pero sí un mercenario dócil y que sabe alquilarse. Además, echa incienso a bocanadas al pez criollo, gordito y reluciente, que oscila en medio de su cadena de sueldos y que, incluso, habla de marxismo. Y para mí, que soy un internacionalista, es doblemente doloroso constatar estos hechos.

Por ello, confieso que me causó pavor la lectura retrospectiva que hice de «Islas de Música» de Luis Merino Reyes. ¿A dónde conduce tanta honradez? Al exilio, al desplazamiento sistemático dentro de las fronteras de Chile.

He aquí el medio ambiente en que se actúa. Y sólo nos sabemos exilados en la patria; mas, nunca derrotados. Explotados, pero jamás vencidos.

Y analizada la cara ética y sociológica de la moneda, vamos ahora a su cara literaria. La tan grata a los técnicos de veras y también—por desgracia—a los descastados, adulones y toda

una flora y fauna superficial, no clasificada por nadie y que a nadie interesa clasificarla.

Había una imperativa necesidad de precisar, in extenso, la primera efigie. Por ello, al hablar de la segunda, seremos más breves, más sintéticos.

En efecto, Luis Merino Reyes al situarse en la órbita poética que le es propia y que, posiblemente, a perpetuidad será la suya, aparece con los atributos de un poeta de pronunciada cultura humanística, forma ceñida, imaginación limitada, pero sólo en parte, que revela un lenguaje poético limpiamente conquistado y en ascendiente evolución creadora:

«Frescos aventureros de la verdad y el sueño puro,
venid hasta el mensajero de las tinieblas.

Me atrevo a decirlo todo y aquello que despierta y vibra
en la órbita fugaz de los símbolos encantados.

Venid héroes del tiempo y su molicie,
a sacudiros, sonrientes, de las pesadas llamas».

(«Coloquio de los goces»),

En su lenguaje se vislumbra la serena estabilidad de una balanza espiritual que evoca las mejores luces del Renacimiento, la llameante lógica de los humanistas y esa eficacia y goce de vivir que fué patrimonio de griegos y romanos:

«Beberemos los más sabios vinos,
ellas lucirán sus atrevidos sueños,
encima de la noche, encima del día,
encima de los pámpanos celestes».

(«Oda»).

En nuestra literatura su voz es una isla. Por excepción, hay entre su poesía y la de Scarpa, y Víctor Castro, una distante atmósfera neoclásica que, intangiblemente, las patrocina.

Con anterioridad a Luis Merino Reyes, en muy escaso límite, Max Jara, cultivó algunas variantes poéticas que guardan cierta remota analogía con aquél:

«Libremente desnudo, sin pena ni rubores,
en la vida me sufro, me solazo y abismo,
y traduzco su gama de goces y dolores
en el tono doliente que es propio de mí mismo».

Pues bien, en un «tono doliente» que en Merino Reyes no existe. Que, por el contrario, es sabiduría, medida, estabilidad intelectual al margen de todo aparatoso andamiaje romántico.

Esta pequeña afinidad con Max Jara, tal vez explique la adhesión intelectual de Luis Merino Reyes, al poeta. Adhesión de juventud que luego se tornó una violenta e irremediable ruptura.

Finalmente, nos cabe destacar esperanza. Pues si el ambiente que lleva al escritor honrado en Chile, al exilio dentro de la patria, le impulsa a declararse náufrago en su propio domicilio, a escribir un mensaje y lanzarlo en una botella—tal como lo practica todo godo ibérico de veras—para que alguien algún día y en alguna playa lo recoja y lea, hoy le vemos salir a la calle—aunque temeroso aún—y tomar las vías de la acción: ahí están sus cantos a París y Stalingrado, y su gran «Romance a Balmaceda». Esperamos que siga esta nueva línea. Nuestro lema debe ser: ¡Combatientes siempre!



LA NOCHE EN EL CAMINO, Novela de Luis Durand, por Víctor Castro

No es difícil comprobar que en famosas novelas, en autores de renombre, que invaden el campo de ella, ocurre un fenómeno bien definido, inherente a este género literario, podríamos decir,